

CÓMO VIVIR SOLA DESPUÉS  
DE LOS CUARENTA

PREMIO NACIONAL DE CUENTO

«AGUSTÍN YÁÑEZ»

2022



# CÓMO VIVIR SOLA DESPUÉS DE LOS CUARENTA

*por*

Ileana Garma-Estrella



*F*ICTICIA

MÉXICO  
2023

## GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

Mtro. Enrique Alfaro Ramírez  
*Gobernador del Estado de Jalisco*

Mtro. Juan Enrique Ibarra Pedroza  
*Secretario General de Gobierno*

Mtro. Hugo Manuel Luna Vázquez  
*Jefe de Gabinete*

Mtra. Anna Bárbara Casillas García  
*Coordinadora General Estratégica de Desarrollo Social*

Mtra. Lourdes Ariadna González Pérez  
*Secretaria de Cultura*

Mtro. Álvaro Octavio Lara Huerta  
*Director de Desarrollo Cultural y Artístico*

David Izazaga Márquez  
*Jefe de Publicaciones*

## FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández  
Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow  
Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,  
Ciudad de México.  
[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)    [ficticiaeditorial@ficticia.com](mailto:ficticiaeditorial@ficticia.com)

## CÓMO VIVIR SOLA DESPUÉS DE LOS CUARENTA

1a. edición, junio, 2023

D. R. © ILEANA GARMA-ESTRELLA

D. R. © SECRETARÍA DE LA CULTURA. GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

D. R. © FICTICIA S. DE R. L. DE C. V.

Domicilio de la Secretaria de Cultura: Zaragoza 224, Colonia Centro. C. P. 441000,  
Guadalajara, Jalisco. México.

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de  
los titulares del copyright.

ISBN DE LA SECRETARIA DE CULTURA: 978-607-734-215-1

ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-141-1

Hecho en México  
*Printed in Mexico*

*Indudablemente de alguna manera algunos están encontrando un estilo de vida que no es gris, que no es tedioso, que no es triste, que no es deprimente. Entonces están viviendo un estilo de vida que es muy parecido a un estilo totalmente deprimente, totalmente triste, totalmente tedioso, totalmente gris. Entonces van de compras. Ir de compras es algo que es para ellos, que ha sido para ellos algo interesante, entonces están viviendo un estilo de vida que es deprimente, que es gris, que es tedioso, que en cierta medida es triste.*

Gertrude Stein  
Selections



# CONTENIDO

NO EXTRAÑO NADA.....	9
NUBES TRISTES Y ALGO TONTAS.....	15
LA BATALLA .....	27
NIÑOS .....	35
OLAS EN LAS VENAS.....	47
CÓMO VIVIR SOLA DESPUÉS DE LOS CUARENTA.....	69
SON COSAS QUE PASAN.....	77





## NO EXTRAÑO NADA

Mantenerlos en forma vertical no era problema, lo difícil fue colgarlos. Tuvieron que llamar a un carpintero para que instalara los ganchos en el techo. En todas partes eran solicitados esos carpinteros que ahora la gente llama “especialistas”, y que llegaban a las casas vestidos de blanco, con guantes de goma, botas y mascarilla, para hacer huecos en la pared, colocar ganchos y cubrir con cemento la instalación. Mónica esperó el regreso de Carlos y juntos encontraron el hilo en los cuerpos de sus hijos. Ella sostuvo con fuerza a cada uno, por turno, mientras su esposo terminaba la operación de sujetarlos. Así era más sencillo cuidarlos. Estaban ahí, en la habitación, palpitando, blancos y rítmicos, mientras sus caricaturas favoritas sonaban durante el día.

Parecían dormidos. Mónica entró a la habitación en donde colgaban las crisálidas. Percibió su acompasada respiración, un ronquido cálido en el más pequeño. Miró la televisión: un niño abría cajas y cajas de trenes de juguetes. Le cambió al canal. Se sentó a la orilla de la cama. A veces el trapo que llevaba para limpiar se le caía de las manos y, muchas mañanas, simplemente se echaba en la cama y se dormía. Todo estaba tranquilo. No había gente en las calles. La Compañía era el único edificio que permanecía

abierto y recibía de manera puntual a sus trabajadores; ingenieros, biólogos, médicos y especialistas que estudiaban la situación día y noche. Las casas estaban cerradas, inmersas en la nueva dinámica y muchas personas aprovecharon la situación para hospedarse en el campo o tomarse prolongadas vacaciones en residencias frente al mar. Muchas de estas personas eran amigas de Mónica, quien miraba todos los días sus fotografías en las redes. Ella misma tomaba fotografías y pasaba el desayuno y el almuerzo, eligiendo cuál debía compartir.

Sus hijos eran capullos de una textura sedosa y translúcida, sus dos amores, sus dos pequeños, permanecían colgados del techo por medio de sus hilos de seda. El más pequeño estaba cubierto por unas manchas redondas, como lunares, que en la noche parecían resplandecer con el reflejo de la luz de la televisión. El otro tenía unas finas rayas marrones que, con la luz del sol, a través de las cortinas blancas, se tornaban rojizas, rubias. Su hijo de nueve años era el que más pesaba, pero en el capullo del pequeño, de tan sólo seis años, de pronto se percibían estremecimientos, y Mónica, en varias ocasiones, escuchó su acompasada respiración, sus ronquiditos.

Le gustaba compartir imágenes de ellos en todo momento, además aprovechaba para presumir su nuevo espacio. No habían podido refugiarse en las montañas ni en la playa, porque el empleo de Carlos los ataba a esa maldita ciudad calurosa, pero con los nuevos cargos y el trabajo cada vez más pesado, le habían hecho un aumento. Encontraron un departamento con instalaciones modernas en el norte de la ciudad. Con muros altos, caseta, cercado eléctrico y cámaras de seguridad. Los departamentos eran nuevos, recién construidos y con un enorme jardín comunitario que se miraba desde las ventanas de las cocinas.

Un bosquecillo en donde nadie podía caminar, no con los químicos que estaban en el aire y que impedían a las personas huir de sus hogares.

Carlos se ponía la máscara industrial por las mañanas y marchaba al trabajo, mientras ella protegía a los tranquilos capullos, tomándose fotos o videos. Mónica se levantó de la cama; se había dormido otra vez. Se dirigió al baño para lavarse la cara, estaba pálida por no tomar el sol. En realidad, le placía su nuevo aspecto. Odiaba tener que salir a la una de la tarde con el tráfico a reventar para ir por sus hijos al colegio. Ponía en el carro el aire acondicionado a tope y cruzaba la ciudad, rogando que ningún imbécil la chocara. Le había sucedido ya un par de veces. Regresaban los tres con la cara roja, quemada, aunque se cuidaran con bloqueador.

Fue a la cocina y se puso el delantal. Nunca los había usado, ni siquiera cuando comenzó el problema con los químicos y, ahora, cada vez encontraba más imágenes de sus amigas, en sus casas de recreo, con delantales de materiales naturales, de manta o lino, bordados y con encajes. Sí, son hermosos, se dijo, poseen cierto encanto. Se sentía ligera y la rutina era sencilla. Apenas despertaba, hacía un desayuno saludable y agradable a la vista. Antes no tenía tiempo. *Hot Cakes* de plátano y avena, fruta picada, jugo de naranja recién exprimido. El olor del café haciéndose en la cafetera inundaba el lugar.

Después del desayuno, Carlos salía rumbo a La Compañía y ella escuchaba música al lavar los platos. Barría, regaba las plantas interiores y recogía la ropa. A las diez de la mañana inyectaba a sus hijos la solución recetada, veía que el purificador de aire funcionara y que la televisión diera sus caricaturas favoritas; los arrullara. Luego, podía hacer fotografías, hojear libros, oír las noticias. A las once se ponía a cocinar sin saber en qué momento regresaba a

la cama. Muchas veces aparecía Carlos y se acurrucaba a su lado, miraban la televisión durante horas y la dejaban encendida toda la noche.

Lavó los frijoles, encontró varios rotos y algunos marrones que seleccionó para tirar a la basura. Vacío sobre los frijoles agua purificada, tapó la olla y la puso el fuego. En la barra de la cocina la esperaba un buen trozo de carne de cerdo que tendría que cortar en cubos pequeños. Se pasó la mano por la frente, se le antojaba otro café. Cuando iniciaron los ataques químicos y las escuelas, los restaurantes, las plazas y el espacio público tuvo que cerrar, Carlos se vio obligado a supervisar la construcción de caminos subterráneos. Mónica y sus hijos se vieron recludos, prisioneros, sin poder poner un pie en las calles. Una mañana los pequeños dejaron de hablar. Mónica ya lo esperaba, era algo que al principio causó terror en los padres, pero en las noticias explicaron que los niños estaban reaccionando a los químicos y sus anticuerpos habían encontrado una manera segura de protegerse. Después dejaron de caminar. Todos los niños estaban pasando por lo mismo, de manera que se emitieron cápsulas sobre cómo cuidarlos.

Cuando los niños comenzaron a babear, Mónica supo qué hacer. Estaban recostados en sus camas y ella limpiaba la habitación cuando se dio cuenta de que por sus bocas salía un líquido espeso y transparente. De inmediato fue a la computadora. No era necesario llamar a los médicos. La información y los nuevos hallazgos se publicaban cada día en la página oficial del Instituto Epidemiológico del país. Crisálidas, fue la palabra que leyó; los niños se iban a convertir en crisálidas. No era grave, aseguraba la pantalla. Mónica y Carlos conocían que esa reacción del cuerpo no sólo afectaba a los pequeños. Muchos adultos habían compartido imágenes con medio cuerpo dentro de un capullo.

Ellos esperaban que les llegara su momento como a los demás para compartir fotos, tomándose una copa de vino o coñac antes del sueño largo.

Por las mañanas recibía video mensajes de sus amigas, algunas mostraban con orgullo lo grandes y brillantes que se encontraban sus larvas, en capullos sedosos, en habitaciones impolutas. Detrás de los capullos que colgaban del techo había muebles Montessori, camas de diseño o paredes de piedra con cascadas que emitían un sonido tranquilizador. Habitaciones climatizadas, pensadas expresamente para los pequeños. Los niños no debían moverse de su sitio, eso era vital. Recomendaban, aunque no era obligatorio —Mónica no estaba segura de que fuera oficial—, masajearlos con aceite de coco, y muchas madres compartían las imágenes de sus vástagos recién aceitados.

“No extraño nada”, se dijo Mónica. Apenas llegaba Carlos después de la comida, lo tomaba de la mano para conducirlo a la cama. De nada servían las tazas de café, estaba exhausta. Las crisálidas emitían sus reflejos y brillaban, azulados, mientras ella sonreía para una selfie familiar. “Sí, no extraño nada”, se dijo, y comenzó a picar cebolla. Adiós a las tensas reuniones familiares, al tráfico, a las escuelas, a los papeles, a las actividades vespertinas, a las visitas al pediatra, al dentista, a las fiestas infantiles. Ahora descansaban, mirando la televisión por horas. Además, tenía su larga colección de fotografías que tomaba: de los rincones blancos, de sus electrodomésticos, de sus delantales de manta, de sus muebles minimalistas, de las cortinas blancas y de su taza favorita. “No extraño estar afuera. No.”

Carlos abrió la puerta. Mónica revisó la hora en el teléfono. Había llegado temprano, la comida no estaba lista.

—¿Qué pasó?

—Nos dijeron que fuéramos a casa, no dieron mayores explicaciones —levantó Carlos los hombros.

Mónica lo tomó de la mano y lo llevó a la cama. La casa estaba brillante y

perfecta, como de costumbre.

—Aquí se está bien —dijo Mónica.

Le pareció que su voz venía desde lejos, se había esforzado en decir esas palabras. Carlos se sentó a su lado. En la pantalla se observaba cómo un par de venados corrían en el monte, mientras una voz infantil narraba las actividades de los animales en el entorno salvaje.

—Eso es de hace mucho —dijo Carlos.

Reinaba una tranquilidad acunada por el ruido del televisor; la claridad era azul, fría. Mónica miró su teléfono, tenía notificaciones de sus redes, intentó abrirlas, se movía con una agarrotada lentitud y no pudo. Su celular se había bloqueado, en la pantalla de inicio podía leerse: “Duerme”, un mensaje de La Compañía. Quiso girar la cabeza para ver a Carlos, pero le costó. Él descansaba sobre la cama. Ella se miró los pies. Había iniciado el cambio. La invadió un aturdimiento sueve, todo parecía estar bien, pero no lo estaba, no podía fotografiar ese momento, compartirlo.

# NUBES TRISTES Y ALGO TONTAS

Su madre tenía bastidores apilados contra la pared como objetos desnudos, como huesos que hubieran sido roídos por algún animal salvaje. Vanessa los trabajaba con una engrapadora industrial para la imprimación. Imprimir, a Leo le gustaba esa palabra, era la etapa final, cuando habían desaparecido los huesos y la casa olía a pegamento, a pintura, a algo rasposo que lo hacía estornudar. La habitación estaba llena de latas y tubos de óleo. A veces el hedor quemaba; había frascos con pinceles viejos y nuevos, botellas transparentes de líquidos que servían para que la pintura corriera más fácil, eran solventes y por nada del mundo debía abrir esas botellas.

Vanessa no dejaba de pensar en la serie nueva, tenía un montón de bocetos y borradores de casas pequeñas que se reproducían una y otra vez. Esa mañana acababan de llegar diez bastidores. Trabajó toda la mañana y cuando terminó de entelar, estaba exhausta y muerta de hambre. Su hijo había abierto la puerta del estudio y la miraba con rostro impaciente mientras se tocaba el estómago.

—Come una banana.

—No hay nada.

—¿Mi leoncito tiene hambre?

—Mucha —contestó Leo con fastidio.

Ir al supermercado al mediodía era lo peor que podía pasarle y sucedía con frecuencia. Metida en su trabajo no se daba cuenta de que las provisiones se agotaban. No le gustaba caminar a las tiendas cercanas porque no se abastecía bien, lo que significaba salir e interrumpir su trabajo. Sus compras debían durarle dos semanas, por lo menos. Necesitaba suficientes manzanas, uvas, cacahuates, plátanos, yogur, frijoles, garbanzos, vegetales, carne, leche, galletas, detergente y papel sanitario. Calculaba que tardaría un par de horas sin tráfico ni gente en el super.

—¿Vienes o te quedas?

—Me quedo, voy a ver la tableta —dijo Leo, cruzando los brazos.

Hubo una época en la que Vanessa cantaba mientras pintaba y lo abrazaba y le prestaba el pincel. De eso hacía mucho, ahora iba de un lado a otro de la pequeña habitación que llamaba “estudio”, siempre con cara de preocupación y enojo. Algunas veces lloraba, cerraba de un portazo y dejaba a Leo afuera, solo.

Vanessa estaba consciente que su momento de gloria había pasado, que no duró más que uno o dos años, un instante. Cuando nació su hijo se arrinconó en casa con un pequeño que dormía gran parte de la jornada. Comenzó a pintar. Fue como una corriente que no pudo contenerse. En unas semanas tenía una docena de cuadros sobre su cuerpo, su lactancia, su hijo, su encierro. Mandó las imágenes a una de sus antiguas maestras de pintura de la universidad, quien le respondió con una llamada telefónica. La notó fascinada por la producción, por lo colores, por las texturas.

Nunca olvidaría aquella muestra. Llegó una hora antes de la inauguración a que le tomaran fotos y contestar a las preguntas de la prensa. La esperaba mucha gente vestida de gala. Vio de inmediato caras conocidas. Su maestra la



acaparó y lo demás fue un torbellino de elogios, flashes, saludos a los coleccionistas que buscaban entender su obra, de amigos, compañeros que no la veían desde hacía mucho.

“Toda la piel es un recuerdo”, rezaba en una enorme lona con una fotografía de sus piezas en la entrada de la galería. Para Vanessa era una obra sobre Leo, sobre sus cuerpos, el tiempo que pasaban solos, cuidándose e infundiéndose fuerzas el uno al otro.

Vendió todo su trabajo y eso fue insólito. Las galerías de la ciudad eran en su mayoría de autor, estudios con escaparates o dirigidas al turismo, con cuadros de milpas, campos de henequén, casas de bajareque y flamboyanes. El mérito de la venta se lo debía a su antigua maestra que logró atraer a verdaderos coleccionistas. Vanessa se vio de pronto con dinero, con su nombre impreso en varios periódicos y con encargos de obra. Algo que jamás había soñado. Pagó la renta por un año completo y le quedó suficiente. Si lograba administrarlo, podrían vivir sin problemas más de un año y seguir produciendo.

Pidió el taxi.

—¿No queda ni un poco de leche?

Leo movió negativamente la cabeza.

—Te traeré algo rico, lo prometo.

Durante los primeros años de Leo no había cuadro que hiciera que los coleccionistas no compraran. Pintó a su hijo a los tres meses, a los cinco, gateando, trepando a los sillones, descansando en el jardín. La serie “En el jardín” se vendió sin problemas. Vanessa en traje de baño y su hijo correteando a sus pies; ella en la alberca; ella con el cabello húmedo; la luz del sol peninsular sobre el pasto y la sombra de árboles frondosos que no llegaban a concretarse. También hizo la serie “Domésticos” con los objetos cotidianos de la casa, los juguetes de su hijo, el biberón, sus

platos, su mesa. Después comenzaron los problemas. Vanessa bajó una y otra vez sus precios y, al final, tuvo que pagar a intermediarios para que buscaran compradores, pero eso no funcionó.

—Tengo muchos cuadros tuyos —le contestaron, y ese fue el fin.

Vanessa subió al taxi. Había tantos carros en el periférico que el taxista estuvo a punto de chocar dos veces. Respiró, sus bastidores estaban listos, entelados, imprimados, espacios en blanco que la esperaban como brazos abiertos, que la harían sentir mejor, cuando pudiera dejarse arropar. En el supermercado casi vacío trató de frenarse de nuevo, respirar y hacer las compras con calma, asegurándose de tenerlo todo. El problema fue la caja. De las diez que deberían estar abiertas, solo había dos; la caja rápida de máximo diez productos y la caja normal, en donde hacían cola tres personas con carros atestados de compra. Lo aceptó, pintaría durante la tarde, después de la comida y de bañarse. Jamás lo hacía de noche, porque la oscuridad cambia los tonos. Apenas anochecía, intentaba platicar con Leo, pero la más de las veces los ojos se le cerraban y se dormía. Llevaba semanas exhausta, quizá meses, quizá más. No era justo para Leo, esa noche le contaría un cuento. Mi leoncito bueno, mi niño obediente, mi corazón blanco.

Las compras le llevaron casi tres horas. Llegó a casa hambrienta y preocupada por Leo. Abrió la puerta con varias bolsas en las manos y las demás a sus pies.

—Ven a ayudarme.

No hubo respuesta. Vanessa dejó las bolsas en la mesa y comenzó a sacar los productos. No escuchaba nada, a diferencia de la luz asesina que afuera dejaba ciegos a los caminantes; adentro, sin embargo, se sentía fresco y una vez que se acostumbraron sus ojos, la casa dejó de parecer oscura.

«CÓMO VIVIR SOLA DESPUÉS DE LOS CUARENTA»  
DE ILEANA GARMA-ESTRELLA  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 2 DE JUNIO DE 2023  
EN LOS TALLERES DE CASA DE HYDRA EDITORES  
PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.  
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.